

PRIMICIAS DE LA CULTURA DE QUITO: UN EJERCICIO CRÍTICO

Diego Araujo Sánchez

0. INTRODUCCIÓN

Hace más de doscientos años, el jueves 5 de enero de 1792, apareció el primer número de *Primicias de la cultura de Quito*.¹ Con una periodicidad de quince días entre una entrega y otra, circularon seis números más hasta el jueves 29 de marzo. Poco antes se había dado a la luz una «Instrucción previa sobre el papel periódico intitulado *Primicias de la cultura de Quito*», como una declaración de las orientaciones básicas que tendría la publicación.

Los actuales análisis semióticos precisan diversos elementos en el proceso de comunicación: el emisor llega al receptor a través de un signo. Ese signo es portador de un mensaje y remite a un contexto o referente. Entre el emisor y receptor se tiende, como puentes de la significación, un canal o contacto y sobre todo un código común.²

En esta aproximación a las *Primicias* analizaré cada uno de esos seis elementos: emisor, receptor, signo-mensaje, código, canal y referente. El análisis se hará dentro de una crítica predominantemente textual.

La comunicación es un todo: sus elementos funcionan juntos, se interrelacionan. Aunque por orden de presentación, procuraré separarlos, en muchos otros momentos del análisis será necesaria la consideración simultánea de esos elementos, como en el mismo proceso de comunicación.

La lingüística suele estudiar las funciones básicas del lenguaje según la

-
1. Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo, *Primicias de la cultura de Quito*, 2a. edición, Quito, Publicaciones del Museo de Arte e Historia de la Municipalidad de Quito, vol. XXIX, Imprenta Municipal, 1958.
 2. Ver Roman Jakobson, «Lingüística y poética», en *Fundamentos del lenguaje*, Madrid, Ayuso, 1973.

disposición de esos elementos y el predominio de alguno de ellos en los diversos enunciados: siguiendo aquel modelo, procuraré analizar en las *Primicias* algunas de esas funciones.

Una sola advertencia: aunque el análisis propuesto exige una amplia y exhaustiva exposición de resultados, lo expondré más bien como un apretado esbozo previo.

1. ¿QUIÉN HABLA?

¿Cómo se manifiesta en *Primicias de la cultura de Quito*³ y su «Instrucción» el emisor, qué funciones principales desempeña?

Primero, como un observador objetivo: «ningún encono, ninguna rivalidad, ninguna envidia, ninguna baja influencia influyen en sus designios y pensamientos», (134) confiesa.

Este observador se propone un fin práctico: señalar los problemas de la sociedad y buscar una solución. Por ello, en el primer número, advierte: «Considerar solamente que no es artífice de los males públicos quien los anuncia con el fin saludable de remediarlos» (135).

Es un observador atento y perceptivo: «El celo y la sensibilidad son los dos polos sobre que estriba el sistema racional... el mundo viviente de vuestro observador», declara en el primer número de *Primicias*.

Segundo, el emisor asume una función predominantemente educativa. Por ello, como suplemento del primer número, divulga una carta dirigida a todos los maestros de primeras letras del Reino de Quito, «sobre el modo fácil de conducir a los niños al entendimiento de las verdades más importantes». Con sentido muy moderno, explica el modo como los maestros pueden utilizar el periódico en el proceso de enseñanza.

Tercero, ese emisor puede desdoblarse para cumplir una función crítica y autocrítica. El número 2 de *Primicias* trae un ensayo filosófico sobre los rasgos de la sensibilidad, uno de los polos del mundo viviente, según había dicho antes el emisor. En el número siguiente, se pone la máscara de una mujer, Erophíla, y escribe una larga carta en la que señala algunos defectos del ensayo acerca de la sensibilidad. Ese desdoblamiento permite al emisor protestar contra «la injusticia del varón respecto de la mujer» y plantear una reflexión precursora de las defensas feministas. «Sí querría que Ud. hubiese empezado sus periódicos dando lugar

3. «Primicias de la cultura de Quito», en Eugenio Espejo, *Obras escogidas*, Guayaquil, Publicaciones Educativas Ariel, s/f. En las citas que siguen a continuación, el número entre paréntesis corresponde a textos de esta edición.

preferente a las mujeres y hablando de nosotras con la decencia que demandan la moral y la filosofía» (161), dice este alter ego femenino del emisor. El desdoblamiento, además, permite al observador duplicar la perspectiva de la observación y enriquecerla.

Por la estrategia del desdoblamiento, había anunciado en la «Instrucción previa» que cumpliría un papel de editor: ofrece ordenar los materiales misceláneos del periódico, insta a que le envíen colaboraciones «de dentro y de fuera del Reino», asegura que, si son dictadas por la malignidad, esas colaboraciones servirán «para ir graduando progresivamente el estado de barbarie o de civilización de Quito» (130, 131). Esta función se cumplió parcialmente: un solo emisor es en realidad la fuente casi absoluta de todo el discurso en los siete números. Sin embargo, las *Primicias* acogen otras voces: la del presidente don Luis Muñoz de Guzmán y el obispo de Quito, cuyas sendas cartas se publican como apoyo al suplemento educativo del primer número; la voz del doctor Antonio Marcos que desde Cuenca envía una carta al redactor de las *Primicias* y, como colaboración, una versión de paráfrasis de un salmo, todo lo cual se publica en el número 5, y la voz de quien suscribe, en el número sexto, como Defensor de los Niños, una carta en la cual se oculta la propia pluma de Espejo.

2. RUPTURA DE LOS SIGNOS

Primicias de la cultura de Quito supone una ruptura de los signos dentro de la tradición literaria colonial. Divesas formas campean en sus páginas: el ensayo filosófico, las cartas, los avisos y un discurso, el que pronunció Eugenio Espejo el 30 de noviembre de 1791, al establecer la sociedad patriótica con el nombre de «Escuela de la Concordia».

Todas estas formas se expresan en una prosa que, juzgada desde la tradición al uso de la época, podría ser calificada como imperfecta y carente de brillos en su textura literaria. Más aún: diversos estudiosos contemporáneos admiten el modesto estilo de Espejo. Así, Philip L. Astuto escribe: «Maestro en sarcasmos, ironía, burla y en especial, sátira en pasquines anónimos, Espejo no fue nunca un gigante literario. Tomó la pluma de enseñar y reformar, no para deslumbrar. Falto de gracia, elegancia y, a menudo de buen «gusto» paradójicamente buscado por él en escritores contemporáneos, su estilo revela sus intenciones didácticas y utilitarias».⁴

Sin embargo el discurso de Espejo rompe con las convenciones barrocas

4. Philip L. Astuto, prólogo a Eugenio de Santa Cruz y Espejo, *Obra educativa*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1981, p. xxii.

todavía imperantes en el medio. El escritor tiene clara conciencia estética de un estilo que se desvía del conceptismo, las sutilezas de los silogismos y la oscuridad de la reflexión teológica y la oratoria sagrada procedentes.

Espejo se burla en *El Nuevo Luciano* de los excesos y enredados galimatías del barroquismo. La prosa suya se orientará hacia la claridad neoclásica. Además, en las *Primicias* el discurso no tiene una función poética, sino referencial y de exposición de ideas. Ello impone ciertas peculiaridades a la prosa, la hace ajustada para nombrar el mundo circundante. No es una prosa solo alusiva o francamente elusiva de ese mundo. Es una prosa que describe realidades o expone un sistema de ideas que pueden tener una aplicación útil. Desde los signos, Espejo es el anuncio precursor de una prosa periodística.

3. CÓDIGO, MENSAJE Y REFERENTE

Esa prosa es portadora de un sentido y lo es gracias a un sistema o conjunto de relaciones. Ese sistema es tributario de una tradición intelectual y literaria. La filosofía iluminista es el más amplio sistema al que se vincula el pensamiento de Espejo. En la «Instrucción previa» descubrimos explícitamente esa relación. Allí Espejo parte de la convicción de que el hombre se encuentra dotado de talento de observación. Si usa ese talento desde los primeros días de la infancia, asegura el progreso del conocimiento. «Ese talento ilustrado con la antorcha de la verdad, conducido por el camino de la justicia y moderado por las amables cadenas de la Religión, vuelve al hombre sencillo en su conducta, severo en sus costumbres, pío hacia el Autor de su existencia, dulce y obsequioso para con sus semejantes», escribe Espejo (129).

Las experiencia y la razón como guías del conocimiento delatan en la reflexión del autor las huellas del Siglo de las Luces. Pero su obra cobra coherencia gracias a un más próximo sistema de relaciones que la sustenta.

El código de *Primicias de la cultura de Quito* permite que los signos funcionen con las siguientes características:

1) Como una respuesta reflexiva a la realidad concreta. Nada es pura disquisición teórica, invasión de temas, preocupaciones y realidades ajenas. Espejo rompe así con una tradición característica del mundo colonizado donde la reflexión y la representación se alejan de las propias realidades, las desvalorizan y las juzgan desde los intereses de la metrópoli.

2) Con una función crítica y autocrítica: buscan definir la realidad quiteña. «El conocimiento propio es el origen de nuestra felicidad» (138), leemos en las *Primicias*.

El diagnóstico más radical de la realidad quiteña se presenta en el Discurso de la Escuela de la Concordia:

Para decir verdad, señor —dice Espejo— nosotros estamos destituidos de educación; nos falta los medios de prosperar. No nos mueven los estímulos de honor, y el buen gusto anda muy lejos de nosotros: molestas y humillantes verdades por cierto! pero dignas de que un filósofo las descubra y las haga escuchar, porque su oficio es decir con sencillez y generosidad los males que llevan a los umbrales de la muerte la República. Si yo hubiese de proferir palabras de un traidor agrado, me las ministraría copiosamente esa venenosa destructora del universo, la adulación: y ésta misma me inspirara el seductor lenguaje de llamaros, ahora mismo, con vil lisonja, ilustrados, sabios, ricos y felices. No lo sois: hablemos con el idioma de la escritura santa: vivimos en la más grosera ignorancia y la miseria más deplorable... (173, 174).

En muchas otras páginas de las *Primicias* la pintura tiene rasgos análogos: estamos en el ángulo más remoto y oscuro de la tierra (131), si volvemos la vista a la realidad más inmediata hallamos enemistad, esclavitud, guerra, discordia, desdicha, guerra, despecho, ignorancia, vicio, ausencia de amor (162).

3) Pero los signos funcionan al mismo tiempo como medios de restaurar la confianza en el genio quiteño: valoran lo propio, no responden a una visión trágica, cerrada, sino a una concepción que cree en la posibilidad de cambiar la realidad. Las páginas más significativas, en este sentido, son las que alaba el genio artesanal quiteño en el Discurso de la Escuela de la Concordia. A pesar de los limitados recursos materiales, «el pintor y el farolero, el herrero y el sombrero, el franjero y el escultor, el latonero y el zapatero, el omnicio y universal artista presentan a vuestros ojos preciosidades, que la frecuencia de verlas nos induce a la injusticia de no admirarlas» (172), anota Espejo. Y más adelante, exalta a Miguel de Santiago, el Padre Carlos, Caspicara y otras personalidades:

4) Y los signos están inspirados por el patriotismo, una sólida fe religiosa y un explícito monarquismo.

Las primeras generaciones que expresan una cierta noción de patria y un fuerte sentido de arraigo americanista son las de los jesuitas expulsados por Carlos III. El Padre Mariano Andrade se despidió de Quito con llanto en los ojos. Juan de Velasco escribió en Italia la *Historia del reino de Quito*. Juan Bautista Aguirre se consumía en la nostalgia de su Guayaquil amado y de ese Quito, cuyo diseño humorístico era también una forma de apasionado conocimiento y apropiación de las flaquezas de la ciudad y sus habitantes.

Espejo muestra lo quiteño como distinto, en su reflexión alienta la idea de Quito como una comunidad histórica, un destino, una vocación. Por ello nombra reiteradamente a la patria: Amada patria mía, repite varias veces. Y confiesa: «... se atreve el editor de las *Primicias* de Quito a predicar siempre su amor patriótico [...] la patria es su madre, y este nombre augusto le es de ternura inexplicable, de consolidación, de respeto, de dulzura suavísima; y así ama a su patria sobre todo lo que acá puede amarse terreno y frágil...» (168). El amor patrio es parte de la esencia moral del cuerpo político. Espejo no se deja llevar por el desencanto: «Un día resucitará la patria —escribe— pero los que fomentarán su aliento y los que

tratarán de mantenerla con vida, sin duda que no serán los que habiendo pasado las tres partes de sus años en pequeñeces no están para aplicar sus facultades a estudios desconocidos y prolijos...» (170).

Hay sin duda en él una verdadera conciencia nacional. Por eso, en su Discurso de la Escuela de la Concordia, llega inclusive el autor a invocar «el orgullo nacional» como una segunda fuente de la felicidad pública. Ese orgullo es una virtud que distingue al indolente del hombre sensible (177).

Además de ese amor a la patria, Espejo manifiesta un sólido amor a Dios y la adhesión al monarca. Esta última adhesión explica el que en las *Primicias* no se pongan en duda la autoridad del Rey ni de sus representantes en Quito. Pero, como en las cartas en las cuales el emisor se desdobra y oculta, aunque haga profesión de fe en el poder establecido como táctica para llevar adelante el programa de la Sociedad Patriótica que había creado con el nombre de Escuela de la Concordia, Espejo pone los fundamentos de una teoría crítica que servirá más adelante contra el propio poder establecido: la conciencia de los límites y errores de la sociedad colonial, la valoración y el conocimiento propio, la aproximación al genio y sensibilidad de los quiteños, la conciencia de patria y el orgullo nacional, la convicción de que puede transformarse la realidad...⁵

Cuando leemos, por ejemplo, textos como éste: «Verá entonces la Europa, pues que hasta ahora no lo ha visto o ha fingido que no lo ve, que la más copiosa ilustración de los espíritus, que el más acendrado cultivo de los entendimientos, que la entera proscripción de la barbarie de estos pueblos, es la más segura cadena del vasallaje», me parece que, como en las cartas de Erophilia o el Defensor de los Niños, el discurso del único emisor se desdobra y permite una doble lectura: el afirmar que la ilustración es segura cadena de vasallaje complacía a las autoridades españolas, al poder establecido. Esa transacción política le permitía seguir adelante con la Sociedad Patriótica para resolver los problemas de Quito. Pero el Espejo subterráneo pensaba sin duda lo contrario: esa ilustración era el único camino para romper el vasallaje.

4. CONTACTO Y RECEPTOR

El canal que pone en contacto a emisor y receptor es, como se dice en la «Instrucción previa», el papel periódico. Es una producción material, un artefacto, un bien que admite suscripciones, «a razón de real y medio de plata por cada pliego completo» (132), según leemos en la «Instrucción previa».

Las características de ese canal condicionan el discurso. Tiene una función

5. Cfr. Varios, *Espejo: conciencia crítica de su época*, Quito, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, 1978.



más inmediatamente útil que el libro, su difusión es más rápida y amplia, puede mezclar con mayor flexibilidad diversas formas: ensayo, discurso, cartas, avisos...

Este tipo de papeles periódicos germinan en diversos lugares de la América colonial como preámbulo de difusión de las letras que perdurará a lo largo del siglo XIX hasta cuando el periódico se vista con los trajes del moderno periodismo tal como se practica profesionalmente hasta nuestros días.

¿Cuáles fueron los receptores de *Primicias de la cultura de Quito*?

Espejo había diagnosticado la crisis de la sociedad colonial: miseria e ignorancia, falta de cultivo de las ciencias, carencia de instrumentos, libros, medios y maestros, ausencia de amor...

Poner remedio a esos males en su *hic et nunc*, exigía un acuerdo social. Por ello la Escuela de la Concordia. Espejo piensa sin duda al comienzo en un amplio público. Pero declara después que el receptor preferido es la juventud quiteña. «Sobre todo podemos decir que la niña de nuestros ojos —escribe— es la juventud quiteña a quien dedicamos los crepúsculos de nuestros conocimientos» (170).

El proyecto de la Escuela de la Concordia fracasaría. En 1793 Carlos IV expide una cédula real en la que desapruueba la Sociedad Patriótica. *Primicias de la cultura de Quito* es recibida con oposición. En el tercer número, ya hace una aclaración: el Cabildo Eclesiástico no se suscribió al periódico como erróneamente anunció en el primer número. Y en el siguiente número, cuenta la recepción de las *Primicias*, cuando se refiere a ciertos espíritus que «alterados con sólo el epígrafe del periódico propendieron a difundir por toda la ciudad el espíritu de contradicción, de odio y de saña a su editor. Este, por su parte, procuró atentamente calmar los ánimos inquietos, convidándoles a que escribieran, o según su genio y alcances; o según algunos asuntos de la mayor importancia y propios del día. Nada ha bastado a serenarlos, y antes sí, han contribuido en fomentar una sorda persecución de los papeles del y al autor. No se diga una palabra acerca de los poquísimos suscriptores, hijos de Quito, que los han honrado...» (169).

La recepción es una prueba final de la función radicalmente crítica de las *Primicias*. Lo ejemplar y en último término más original de las *Primicias* es la propuesta de un método crítico. Los componentes de la comunicación en *Primicias de la cultura de Quito* y su «Instrucción previa» nos descubren las características de ese método crítico. Con el temprano fracaso de la publicación, con la desaprobada Sociedad Patriótica de la Escuela de la Concordia, Eugenio Espejo cerraba una notable etapa de lucha.

Después, el ejercicio crítico le llevaría por senderos más radicales aún. Pero ello debería ser objeto de otro análisis. ▲